

---

Vilchez, M. (junio, 2020). "La cárcel es el lugar de lo imprevisible. Entrevista a Sergio Frugoni". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 10 (5), pp. 181- 197.

## La cárcel es el lugar de lo imprevisible. Entrevista a Sergio Frugoni

Manuel Vilchez<sup>1</sup>

En Junio de 2019, en el marco de las XVIII Jornadas *La literatura y la escuela*, organizadas por *Jitanjáfora. Redes sociales para la promoción de la lectura y la escritura*, tuve la oportunidad de realizar una entrevista al docente y escritor Sergio Frugoni<sup>2</sup>. Teniendo en cuenta su experiencia como tallerista y mediador de lectura en instituciones penitenciarias, la conversación estuvo orientada al eje de la educación, la lectura y la escritura literarias en contextos de encierro. El intercambio revela las reflexiones que surgen al pensar (tras presenciar) a la literatura en un ámbito poco habitual.

**Manuel Vilchez (MV):** Para comenzar quisiera preguntarte si recordás tu primer día en una cárcel. ¿Por qué habías ido, en qué año fue, a cuál concurriste?

---

<sup>1</sup> Estudiante avanzado de Profesorado en Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Integrante del grupo de investigación "Teoría y Crítica de la Cultura", UNMdP, Mar del Plata, Argentina. Docente de educación media. Tallerista en contextos de encierro. Correo electrónico: elmanuargentino@gmail.com

<sup>2</sup> Profesor de Letras y Magister en Escritura Creativa de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como docente en Didáctica de la Lengua y la Literatura II en la Universidad Nacional de La Plata y como Profesor en la Licenciatura en Enseñanza de la Lengua y la Literatura de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de General San Martín. Coordina talleres de escritura literaria y espacios de formación en contextos de encierro. Ha publicado artículos sobre la enseñanza de la escritura y es autor de *Imaginación y escritura*. Ha participado en la producción de materiales didácticos para los cursos de apoyo para el ingreso al nivel superior, organizados por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación. Se ha desempeñado como tallerista en el Plan Nacional de Lectura y en el Programa Nacional de Inclusión Educativa del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación. Ha Integrado el equipo de capacitación para el nivel medio de la Escuela de Capacitación CePA de la Ciudad de Buenos Aires. Además, ha publicado relatos breves y poesías en distintos medios y recientemente su primer libro de narrativa *Los efectos de editorial* Qeja ediciones.

**Sergio Frugoni (SF):** En realidad tuve dos ingresos como docente a instituciones de encierro. Uno fue un poco indirecto porque yo estaba trabajando en un programa socio-educativo de la Ciudad de Buenos Aires que se llamaba “Club de Jóvenes” en el 2006. Hicimos una experiencia de “Recreo de verano”, una especie de colonia, y desde las sedes estaban en centros de régimen cerrado. Ese fue mi primer ingreso a un Instituto de Menores.

**MV:** ¿Fue por casualidad o sabías que estaba en ese contexto?

**SF:** Cuando elaboramos el proyecto nos interesaba trabajar específicamente con adolescentes que estuvieran en contexto de encierro. Lo más interesante fue que como los Institutos Roca y San Martín eran sede de la colonia íbamos con grupos de jóvenes de las sedes que funcionaban en las escuelas a hacer actividades con los pibes que estaban privados de su libertad. Hacíamos actividades educativas, culturales y un torneo de fútbol en que algunas de las fechas se jugaban ahí adentro con equipos de las sedes externas y de los institutos. Pasaron cosas muy interesantes que hablaban de la complejidad de la vida de los pibes encerrados, pero también de su relación con los que iban desde los barrios porque muchos de ellos tenían parientes y amigos detenidos. En mi caso, trabajando en barrios aparece todo el tiempo la experiencia de un familiar preso o relatos que tematizan la cárcel, lo que nos habla de que el afuera y el adentro no son espacios sin conexión.

Años después, el segundo ingreso fuerte fue trabajando con un programa del Ministerio de Ciencia de la Provincia de Buenos Aires, esta vez en cárceles de adultos.

Creo que empezar a ver la relación que existe entre el encierro y la vida de esas personas y sus familias más allá de los muros es una experiencia que nos pasa mucho a quienes laburamos en cárceles, algo que no tiene nada que ver con la expectativa, el prejuicio o la imagen que uno se hace antes de entrar.

**MV:** ¿Vos venías con una idea previa y contrastó bastante con la realidad?

**SF:** Sí, ese es el primer recuerdo que tengo.

**MV:** ¿Cómo te sentiste? ¿Qué sensaciones te provocó/provoca el contexto de encierro? Te pregunto por esa tensión entre adentro y afuera.

**SF:** Yo creo que nadie sale igual después de la experiencia de dar clases en una cárcel. Allí uno ve de primera mano las consecuencias concretas de este sistema socioeconómico sobre los sectores más pobres. A mí lo que me impacta mucho es lo que la cárcel hace en el cuerpo de las personas, en la mirada, en ciertas formas de estar con los otros. Yo no esperaba eso.

**MV:** ¿Con qué idea ibas vos?

**SF:** Hay un problema: la cárcel es muy opaca. Y esa opacidad se llena con discursos de la ficción, discursos del periodismo, con discursos de cierto imaginario social punitivo que se regodea en que las personas que están ahí tienen que sufrir, que es un ambiente violento y anómico. Uno después entra y se da cuenta de que, más allá de la violencia que se ejerce cotidianamente, también hay mucha organización, no solo de parte del Servicio Penitenciario, sino también del culto evangélico o de los mismos presos que se organizan para generar mejores condiciones de vida, en ocasiones en contraposición a las formas de gobernabilidad del servicio o del culto. Entender esa otra organización es bien complejo cuando uno trabaja ahí adentro.

**MV:** Es como un mundo aparte acerca del cual vas aprendiendo a medida que lo vivís.

**SF:** Sí, es un mundo aparte. Pero uno entra con el imaginario de “la ley de la selva”. No digo que no exista eso, de hecho existe, pero también hay otra cantidad de cosas que uno no espera que pasen, vinculadas con la solidaridad, la organización y la resistencia.

**MV:** Vos comenzaste trabajando en escuelas secundarias fuera del contexto de encierro. ¿Qué diferencias observás entre tu labor como docente en escuelas y en la cárcel?

**SF:** Me parece que en un punto hay menos diferencias de las que uno se imagina.

**MV:** ¿Y similitudes?

**SF:** En primer lugar por la población. Muchos de los pibes que van a la escuela secundaria de un barrio periférico de Mar del Plata seguramente tienen algún contacto con el universo de Batán, por sus parientes, por sus amigos, por el barrio, por lo que se cuenta. Y eso entra en la escuela. Al mismo tiempo, pensando en las diferencias, es posible advertir formas de disciplinamiento en las escuelas en contextos de encierro que de alguna manera reproducen la lógica penitenciaria y ponen en tensión las intervenciones educativas que se orientan con objetivos no disciplinarios. Mientras que en la escuela secundaria extramuros hace rato que ese modelo está en crisis.

**MV:** Se habla mucho de la crisis de autoridad del docente.

**SF:** Claro, por las condiciones en que existe la escuela en la cárcel, como una institución dentro de otra que impone cierta lógica del disciplinamiento, son aulas “tranquilas”. No hay problemas disciplinarios. Una escuela secundaria en un barrio complicado de Mar del Plata es mucho más compleja que un aula en la cárcel. O en todo caso, la complejidad pedagógica de estos contextos viene por otro lado, por las trayectorias escolares interrumpidas, por el despojo subjetivo que produce el encierro, por la paradoja de trabajar en pos de garantizar derechos que son anulados sistemáticamente por el mismo sistema.

**MV:** En cuanto al rol pedagógico en esa tensión con el disciplinamiento y el control, ¿cómo se construye en tu experiencia en talleres en contextos de encierro?

**SF:** Yo creo que hay un trabajo sobre ese rol docente que tiene que ver también con generar condiciones de confianza, de un espacio alternativo en el que sea posible aprender e imaginar otra posición subjetiva, otra vida. Eso que muchas veces escuchamos en los talleres y aulas en la cárcel: “En el pabellón estamos en alerta todo el tiempo. Y acá uno se puede relajar”.

**MV:** ¿Es difícil de construir?

**SF:** Parte del rol docente es poder construir esas condiciones de escucha, que circule la palabra genuinamente, sin la imposición de decir lo que hay que decir.

**MV:** El discurso correcto, ¿no?

**SF:** O lo que se espera de un preso en “resocialización” que tiene que demostrar la efectividad el “tratamiento penitenciario”.

**MV:** En ese sentido, todos esos discursos que de alguna manera ejercen cierta presión o cierta dominación sobre el rol docente, ¿de qué manera te ha tocado afrontarlos? Por ejemplo, los fines de la cárcel, de “resocialización”. ¿Cómo lo has trabajado para tomar distancia?

**SF:** Yo siempre tengo mucha precaución con los discursos grandilocuentes sobre los efectos de la lectura, la escritura, la educación, que en el contexto de la cárcel se potencian con las lógicas del tratamiento penitenciario. Es decir, todas esas instancias, la escuela incluida, que parecieran funcionar como un tránsito para que las personas se vuelven dignas de ser “reintegradas” a una sociedad que las excluye sistemáticamente.

Cuando uno sabe que no es así, que la cárcel no resocializa y que en realidad es un depósito de gente que la sociedad está esperando que sean castigados. Entonces cuando aparecen esos discursos en la escuela o del Servicio o de los mismos presos son cuestiones que a mí me hacen pensar.

**MV:** Te genera más preguntas que certezas.

**SF:** Muchas veces aparece enunciado desde la misma persona privada de su libertad, en un texto, una poesía, donde tiene la forma del discurso culpabilizador: “estoy haciendo esto porque me equivoqué”. Creo que es un problema muy delicado porque es la experiencia de esa persona. Me preocupa más cuando ese discurso está encarnado en la escuela o en el Servicio. Me parece que eso oculta, escamotea el sentido de la educación como derecho.

**MV:** El derecho se oculta a través de esos discursos.

**SF:** Claro, que no tiene que ver con un merecimiento, sino que es un derecho: la educación, la lectura, el acceso de la literatura.

**MV:** ¿Y qué lugar ocupa la educación en la cárcel?

**SF:** En principio, es una conquista que exista la modalidad de educación en contextos de encierro. Tiene amparo legal desde la Ley de Educación Nacional del 2006. Siempre existieron espacios educativos en la cárcel como parte del tratamiento penitenciario. Pero como modalidad que garantiza el derecho a la educación, ya en ese sentido, es un avance. Después las realizaciones prácticas dependen de cada institución, de cada escuela, de cada cárcel. Yo creo que la escuela y la educación abren oportunidades, abren puertas para las personas privadas de su libertad. Más allá de las intenciones de quienes gestionan esos espacios. Cuando hablás con un preso que va a un taller y a la escuela, esa persona empieza a recuperar su propia historia, ahí aparece el verdadero sentido.

**MV:** En los talleres, ¿cómo se forman los grupos de quienes participan? ¿Hay una selección previa? Si es así, ¿quién la hace? ¿Es una elección personal de cada uno? ¿O se combinan ambas cuestiones?

**SF:** Es muy heterogéneo, depende de cada cárcel y de cada Unidad Penitenciaria. Mi experiencia en el programa que mencioné estuvo orientada a la formación de mediadores para la gestión de una biblioteca itinerante. Los grupos se armaban con la participación voluntaria de los presos, pero en muchos casos eran elegidos por el Servicio en función de distintos criterios, muy discutibles, de buena conducta, lo que lleva a la situación bastante generalizada de que son siempre los mismos los que participan de esos espacios. En buena medida eso le sirve al sistema para mostrar los efectos de la “resocialización”.

Por otro lado está la relación cotidiana entre los presos y la gente del servicio. Las razones por las que habilitan o no el ingreso a un espacio educativo es bastante opaca para los que trabajamos ahí.

Mi criterio como mediador tenía que ver, por ejemplo, en el caso de la formación de la biblioteca itinerante, con que hubiera participantes de distintos pabellones. Para que ellos puedan hacerse cargo y puedan multiplicarlo, que eran los objetivos del programa. Pero entre ese objetivo y el del Servicio siempre hay tensiones. Uno nunca puede evitarlo.

Un caso extremo fue el de una compañera del programa. El grupo había sido convocado para hacer un taller de computación o algo así y no para formarse como mediadores de lectura, lo que generó una confusión inicial. Sin embargo, ella tomó ese emergente bastante incómodo y el proyecto culminó con el armado de una instalación poética con pedazos de computadoras, CDs y otros materiales de descarte.

Para mí la marca de los trabajos en contextos de encierro es lo imprevisible. Lo imprevisible de los grupos, de los procesos y la dificultad permanente de hacer un recorrido completo con un mismo grupo.

**MV:** A veces de encuentro a encuentro, varía el grupo, cómo están ese día. ¿Te sucedió ese grado de lo imprevisible?

**SF:** Sí, la cantidad de variables que están en juego: los días de visita, el comparendo, la vida cotidiana del pabellón, las requisas, la violencia cotidiana que sufren esas personas, cosas que uno nunca se termina de enterar del todo. Y uno diría

“Bueno, ese es un rasgo de la educación no formal”. Pero en contextos de encierro eso se potencia por la intensidad de todo lo que se vive ahí adentro.

**MV:** La imaginación o la creatividad ¿qué rol te parece que juega en ese contexto?

**SF:** Yo me resisto a pensar la literatura y la imaginación en clave de evasión. No me interesa pensarlo de ninguna manera, no me gusta esa metáfora, porque me parece que le da a la idea de imaginación un lugar compensatorio.

**MV:** Como una especie de visión alterna de lo que sucede.

**SF:** Pero en clave de salida. A mí me gusta más la idea en la línea de Petit de construir un espacio propio. Tanto en la lectura como escritura literaria permiten la aparición de un espacio personal, propio, donde la imaginación tiene una capacidad de crear un nuevo escenario que, para alguien privado de su libertad, no es únicamente una evasión (desde mi perspectiva). Para mí tiene que ver con un reposicionamiento subjetivo, de poner entre paréntesis la realidad y encontrar un lugar nuevo, una voz nueva. Eso es fundamental. Pero también un rol dentro de un grupo. El valor que le dan en general las personas privadas de su libertad a la autoría, a la escritura, a la participación en una revista, a la publicación, tiene que ver con este lugar de autor. Ahí yo creo que la imaginación tiene un lugar preponderante.

**MV:** En *Imaginación y escritura* hablaste del lugar “marginal” que se le asigna tradicionalmente a la escritura en la escuela. ¿Qué lugar ocupa la escritura en la cárcel?

**SF:** En la cárcel se escribe mucho y no solo los presos. Escribe el sistema penitenciario, en las historias criminológicas que producen los expertos, en las evaluaciones, en los fallos. Escriben los presos todo el tiempo: se escriben el cuerpo, las paredes. La escritura tiene una función muy potente: disciplinadora por un lado, emancipadora, a veces, por otro. Yo creo que hacer una distinción entre esas funciones

debería ser una tarea clave para pensar la educación en contextos de encierro. Después hay otra cosa que a mí me interesa mucho de la escritura en la cárcel: cómo la escritura de poesía cumple una función que no es sólo “expresiva” en el sentido tradicional del término. Siempre me surge la pregunta de por qué se escribe tanta poesía en la prisión. Yo creo que una de las respuestas es que la poesía, en su fragilidad, puede sobrevivir, porque se puede memorizar; porque se puede guardar en un papelito; porque se puede esconder; porque resiste una requisita; porque los papeles se pueden romper, pero se pueden recuperar por el recuerdo. Hace poco, gracias a la colega Alejandra Parra, me enteré de que el preso político uruguayo Mauricio Rosencof hablaba del concepto de Literatura de camiseta. Se refería a la literatura que ellos sacaban de la cárcel de la dictadura en Uruguay escondida en el dobladillo de las camisetas junto con la ropa sucia. Por supuesto el contexto de producción actual de la poesía en la cárcel y quiénes la escriben es muy diferente, pero algo de esto todavía pervive.

**MV:** Gastón Brossio, alias Waiki, autor de *79. El ladrón que escribe poesía* comenta justamente que el primer libro que escribió se lo dio a un profesor del Servicio Penitenciario y nunca más lo pudo recuperar. Lo tuvo que reescribir por completo de memoria, obviamente surgió algo nuevo, una nueva poesía a partir de la pérdida material. Volviendo a lo que comentabas acerca de la composición de la población carcelaria, ¿observás una doble desfavorabilidad? Porque por un lado, vienen de contextos donde a la escritura también es difícil de acceder y, por otro, al ingresar a la cárcel, aparecen otras dificultades.

**SF:** La mayor parte de la población carcelaria es joven, con trayectorias escolares interrumpidas, y con una relación con la escritura, con los usos escolares de la escritura específicamente, muy compleja. Más allá del contexto de encierro, yo creo que las escrituras vinculadas con la literatura y la imaginación son muy habilitantes para escribir.

**MV:** Según Maite Alvarado la escritura tiene una importancia fundamental ya que implica el distanciamiento con respecto al propio discurso y así propicia la reflexión y revisión sobre los conocimientos. Asimismo, vos retomás el concepto de literacidad

acerca de lo que hacen las personas con la escritura. Invirtiendo un poco te pregunto ¿qué puede hacer/producir la escritura en las personas presas?

SF: Es difícil anticipar qué efecto puede tener la escritura en la trayectoria vital de una persona. Lo que sí uno puede hacer es observar ese proceso con más detalle, sobre todo escuchando a los propios involucrados, y despojarse un poco de los prejuicios de lo que debería hacer o no hacer la literatura. A veces pienso que queremos que la literatura provoque unos efectos que tienen que ver con nuestras expectativas y después la literatura se usa para otra cosa. Tengo una anécdota: en la cárcel de Florencio Varela estábamos leyendo libros de poesía. Por varias semanas sucesivas un muchacho me pide libros para leer, y una semana yo le doy un libro de haikus. A la semana siguiente lo trae, me lo devuelve con un gesto un poco decepcionado. Cuando le pregunto por qué, me dice “No me gustó, no lo entiendo”. Seguimos conversando un rato más y me cuenta que en realidad quería un libro de poesía porque su novia le recitaba poemas por teléfono y él quería hacer lo mismo. No era un problema de comprensión sino que un haiku no le servía para ese propósito.

MV: No le servía para ese fin.

SF: Claro. Jamás hubiese podido anticipar ese uso. El enfoque de los Nuevos Estudios de Literacidad, por ejemplo, me resulta interesante porque es una herramienta para ver esos distintos usos más allá de los legítimos, previstos por la cultura letrada, y por los educadores.

MV: Con respecto a los fines que se plantean las personas en relación a los textos, pienso por ejemplo en la comunicación, cómo circula la palabra escrita, en ese nexo entre adentro y afuera. ¿Hallaste otros objetivos no previstos en la práctica de los talleres?

SF: Yo creo que la literatura en la cárcel tiene una función que generalmente es menos visible, que es la de generar vínculos con otros. Y esos otros a veces son la gente

de las visitas, los familiares, las parejas. Al principio de mi trabajo de mediación no lo había encarado por ese lado.

**MV:** ¿Lo habías proyectado para ellos como destinatarios?

**SF:** Para ellos mismos y para compañeros del pabellón. Pero cuando empezamos a conversar, aparecen otros destinatarios.

**MV:** Entonces juega el muro, ¿no? Para uno que piensa las propuestas orientadas a lo que puede servirles a ellos y, en realidad, ese aislamiento lo quieren romper.

**SF:** Y la literatura es una manera de reconstruir diálogos con otros, una forma muy específica y altamente valorada de vincularse con los demás. Me acuerdo un chico que quería aprenderse un texto muy breve de Luis María Pescetti porque quería decírselo a su madre en la Visita. A mí la literatura pensada como forma de lazo social me interesa mucho. Es una herramienta para rearmar los lazos con los otros, incluso con el mismo grupo que participa del taller.

**MV:** Cuando propusiste un taller, ¿qué imágenes previas de lector y escritor encontraste en la cárcel?

**SF:** En ese aspecto no hay diferencia con el afuera. Me parece que hay unas imágenes que todavía funcionan como estereotipo sobre quién escribe, por qué, el talento, vinculadas con la posesión del código, con la escolarización, con el trabajo intelectual, la idea de que “esto no es para mí”. Además en un contexto de cierta construcción de la masculinidad, sobre cómo ser en la cárcel, del “aguante”, me parece que la escritura y la literatura entra en tensión con esas imágenes.

**MV:** Y con la experiencia de comenzar a escribir, ¿notás modificaciones?

SF: Por eso creo que cuando muchas personas empiezan a descubrir que la escritura es posible, ahí se abre un abanico de posibilidades que van desde el testimonio, la denuncia, abrir espacio a la subjetividad y, en algunos casos puntuales de personas que perseveran en ese camino, el trabajo fuerte con la escritura. Pero creo que es un momento posterior que después puede derivar en la voluntad de hacer un camino de escritor y en la construcción de un nombre de autor, como vemos en muchos casos. Entonces el problema es lo complejo que puede resultar para una persona que transitó la experiencia de la cárcel y que escribe, después de ser liberado, cómo zafar de la etiqueta del “escritor que estuvo preso”.

MV: En esa línea, una de las primeras notas periodísticas que aparece de Camilo Blajaquis (alias de César González) apareció en la sección de “Inseguridad” en los medios. Y él estaba hablando de su obra artística.

SF: Se reproduce lo que hablábamos al comienzo: los discursos propios del tratamiento penitenciario del que “se rehabilitó”, porque eso es lo que espera la sociedad. Entonces, un liberado que logra construir un nombre de autor me parece admirable como proceso subjetivo y como conquista de un lugar social. Porque pareciera que no hay espacio para eso, para esa persona: o sos un preso que escribe o no sos nada. Es difícil.

MV: Gastón Brossio habla de una especie de “Renacimiento” en términos metafóricos y de una generación de autores y artistas en formación. ¿Observás un proceso abierto, en construcción?

SF: Sí, por supuesto. Me parece que todo esto no sale de la nada, existe porque existen programas y experiencias educativas como el CUD (Centro Universitario Devoto) o el CUSAM (Centro Universitario San Martín) en las cuales se desarrollan, además de carreras universitarias, diversos talleres, y hay una cantidad enorme de docentes y educadores que hacen un trabajo militante. De ese modo, generan oportunidades para que una persona privada de su libertad pueda pensar la escritura como parte de su vida.

**MV:** Sobre ese punto, ¿ves que se estén generando vínculos entre la elaboración de textos en talleres o escuelas y la producción editorial del objeto libro o revista?

**SF:** Para mí la pregunta es qué oportunidades tiene alguien que sale de la cárcel, en general. Alguien que estudia, se forma, que hace una carrera universitaria y quiere ser escritor, quiere ser publicado, qué lugar le da la sociedad a esa persona que estuvo presa. Después hay experiencias, hay proyectos editoriales. En la cárcel se escribe mucho y van surgiendo muchos proyectos. Hay una editorial, *Lamás Médula*, que tiene una colección, titulada *Para la libertad*, de poetas que transitan o han transitado el encierro. Pero también, volviendo a lo anterior, el problema es cuánto se ratifica o no esa figura del preso a la hora de ser un escritor. Para mí es un problema integral, se necesitan políticas públicas dirigidas a que una persona que sale de la cárcel tenga oportunidades de trabajo, culturales, educativas.

**MV:** Como debería tenerlas antes para no “caer” preso, ¿no? Y en este aspecto de gestión de políticas públicas que permite el sostenimiento de estas propuestas. ¿Cómo fue el proceso desde la planificación de un taller hasta su puesta en marcha? Por ejemplo, en el caso del proyecto de Bibliotecas Móviles del que formaste parte.

**SF:** La educación en la cárcel es una institución dentro de una institución. Con lógicas que en muchos casos son contradictorias, con matices opacos, poco claras. En mi experiencia, el trabajo de coordinar un taller con el objetivo de que ellos se hagan cargo de una biblioteca itinerante fue un proceso muy complejo de negociación entre muchos actores, no sólo con el Servicio, sino también, por ejemplo, el Ministerio Evangélico que funciona como un agente de gobernabilidad de las cárceles muy fuerte. Tienen mucho peso sobre qué y cómo se lee, qué materiales entran a un pabellón, cuáles no. Eso es muy difícil de anticipar. Entonces uno puede tener un objetivo del Programa, pero después la forma real que tiene se la da la experiencia. Además, yo no creo en el voluntarismo del tallerista, sino más bien en lo colectivo: del mismo grupo de presos

que, aún con enormes limitaciones, tiene margen para actuar y un saber práctico sobre los condicionamientos tras los muros que yo no tengo.

**MV:** No son meros receptores del proyecto.

**SF:** No, para nada. Todo el tiempo me pasa: “En tal pabellón hay que hablar con El Siervo para que entre tal libro” y uno de los muchachos dice: “bueno, hablo yo porque tengo buena llegada”. Hay un margen de acción y gracias a esa persona que tal vez en el taller no sea muy participativo, que no se reconoce como lector, en ese momento llega a tener un rol clave para que entre el libro y se cumplan los objetivos que nos estamos proponiendo. Todo esto abre muchas preguntas sobre qué es ser un mediador de lectura en la cárcel. También son importantes algunos “aliados estratégicos” del servicio penitenciario que facilitan y acompañan desde lugares positivos. Son un conjunto de personas. El trabajo de mediación en la cárcel no es sólo con los libros.

**MV:** En cuanto al ámbito académico, hace poco organizaste un Simposio en el Congreso Orbis Tertius de la FaHCE UNLP sobre este eje que creo fue la primera vez que se aborda específicamente en un congreso de literatura. ¿En qué situación pensás que se encuentra la investigación sobre la literatura en contexto de encierro?

**SF:** La cárcel es un objeto de investigación desde hace mucho tiempo así como la educación en contextos de encierro. Me parece que en este último tiempo empieza a haber otras preguntas en relación al lugar de la literatura, los procesos de alfabetización, las literacidades, que son preguntas bastante más específicas. Ese es un campo incipiente, que se está abriendo. Y el caso del Simposio en la Universidad de La Plata es elocuente porque hubo mucha participación. La gente decía: “encontramos un lugar que es más específico para lo que nos interesa investigar y compartir”, que no es ni un congreso de teoría y crítica literaria, ni tampoco es un congreso de educación, que sería más general.

**MV:** Se da la apertura en el cruce entre teorías literarias y experiencias educativas.

**SF:** En cuanto a la investigación me parece que hay que hacer un esfuerzo por revisar los lugares comunes. Hay un conjunto de preguntas que se vinculan con las condiciones en que se lee y escribe en la cárcel. Particularmente me interesa la escritura literaria, pero puede ser pensado en general. Es un trabajo que requiere investigación empírica, ir, meterse ahí a observar e interpretar prácticas concretas junto con los propios protagonistas.

**MV:** No se puede separar, están relacionados: la investigación con la extensión e inclusive la docencia, porque surgen de los talleres y las clases. Se necesita una mirada integral, ¿no?

**SF:** Sí, además me parece que el único recorte no puede ser la literatura entendida en clave de resistencia, ni de resocialización, ni de cierta mirada terapéutica, porque la literatura produce unos efectos que van más allá de eso y es usada de formas que no tienen que ver solo con lo que uno cree o espera. Ahí sí faltan investigaciones.

En cierto sentido, me parece que es necesario desromantizar la literatura y sus efectos en contextos de encierro. Y así poder ver un poco más concretamente los para qué y por qué de la escritura. De esta manera, es posible lograr intervenciones más efectivas con respecto a lo que nos interesa, que es ampliar derechos culturales y educativos, habilitar nuevos recursos para leer y escribir y, eventualmente, si una persona quiere, construir una carrera de escritor o escritora.

**MV:** ¿Cómo afecta la temporalidad las prácticas de lectura en el encierro? Pienso en el tiempo de detención, la persona aislada.

**SF:** Es interesante para pensar este tema el libro de Michel Peroni, *Historias de lectura*. En su investigación trabaja con relatos de vida de jubilados, obreros y presos. Lo que ve es que la lectura no es evolutiva sino discontinua y además observa cómo el

contexto condiciona la posibilidad o no de leer o escribir. Son prácticas muy articuladas con “la vida”. Y llama la atención sobre algo: algunos de los presos que entrevista afirman que su único contacto intenso con la lectura fue en la cárcel. Él discute la idea de que leer es una especie de mandato que hay que cumplir y que uno va leyendo cada vez más en su vida. Dice que eso depende de las circunstancias vitales. Para algunas personas se vuelve importante la lectura en ciertos momentos y para otros no.

**MV:** Hay distintos usos de la lectura también. Está la experiencia estética del placer y también darle sentido al tiempo de la detención. Y en cuanto al conocimiento, ¿no? Porque las técnicas y procesos de lectura y escritura generan la posibilidad de manejar una herramienta fundamental para cualquier profesión que es el lenguaje.

**SF:** Sí, por supuesto. En ese proceso todas las personas podemos llegar a descubrir cosas nuevas. Uno puede estar leyendo para matar el tiempo y de repente abris una puerta inesperada que te cambia la vida, o descubris un libro que te hace cambiar la manera de vivir. Se habilita una transformación subjetiva o social.

Por eso trabajar en la cárcel tiene algo especial que es la necesidad de ser muy flexible, muy abierto a poder escuchar lo que está pasando ahí y reproponer.

**MV:** Es algo propio del rol docente. Pero en la cárcel se potencia mucho más porque no sabés qué te vas a encontrar desde el momento en que cruzás la frontera de la puerta.

**SF:** Retomo lo que decías sobre el adentro y el afuera: hay ciertos posicionamientos pedagógicos que, en un momento, ponen entre paréntesis el contexto. Estamos trabajando con personas que tienen una historia con la lectura y la escritura, me interesa pensar las intervenciones considerando este aspecto, en donde la situación de estar preso es una circunstancia más entre otras. Como plantea Gabriela Salvini, hay que revisar qué decimos cuando decimos “contexto” porque uno puede pensar que el contexto es una especie de escenario de características fijas y que condiciona absolutamente todo lo que vas a hacer ahí adentro. Pero el contexto es mucho más complejo. Una persona que está presa tiene su historia como lector, fue a

la escuela probablemente, tuvo y tiene una vida fuera de la cárcel. La cárcel no condiciona toda la vida de las personas. Y mucho menos su capacidad para leer y escribir.